

Cuadernos del Sur

Año 16 - Nº 30

Julio del 2000

Tierra  fuego
del

¿La Organización Mundial del Comercio? Paren de controlar el mundo

William K. Tabb

El 30 de noviembre de 1999, cuando la organización Mundial del Comercio (OMC) abrió su tercera ronda de encuentros de ministros, los tres mil delegados oficiales, los dos mil periodistas y los miles de observadores registrados oficialmente fueron completamente sobrepasados por las decenas de miles de manifestantes que vinieron de todo el mundo para denunciar a la organización. Los números estimados por los manifestantes trepan hasta los cuarenta mil, según el *Seattle Times*, que contó a sus lectores que las manifestaciones fueron más grandes que aquellas de 1970, cuando veinte a treinta mil personas (diez mil según el *Seattle Times*) cortaron la ruta Interestatal 5 para protestar contra la guerra de Vietnam. El paralelo es apropiado. El creciente movimiento de oposición a los esfuerzos de las instituciones tipo la OMC para tomar el control de la dirección de la economía internacional puede muy bien ser el movimiento popular de protesta más grande en los últimos veinte años o mas.

El presidente Clinton, atento a que las chances de éxito de su vicepresidente en sucederlo descansan en las manos de los votantes del Partido Demócrata, y que esos votantes estaban en las calles de Seattle, jugo un doble juego. Y eso hizo también el intendente de la ciudad, consciente de que gran parte de su ciudad apoyaba a los manifestantes y sus preocupaciones, a pesar de los informes de diarios y televisión que hacían propaganda acerca de la importancia del “libre” comercio para la prosperidad de la ciudad. El presidente, habiendo tratado primero de presentar la cuestión como una elección entre libre comercio según los términos del capital o no libre comercio en absoluto (la pretendida

elección de los “luddistas”), instintivamente se movió hacia su retórica gastada de “sientan su dolor” (*feel your pain*). Los derechos del medio ambiente y del trabajo fueron, retóricamente, apoyados píamente, mientras en realidad la libertad de las corporaciones para contaminar y explotar recibieron un margen aun mayor.

El intendente de Seattle, bajo una preocupación similar, fracasó en explicar por qué miles de manifestantes no-violentos que bloqueaban las intersecciones recibieron disparos de balas de goma a corta distancia que produjeron heridas, gases lacrimógenos y spray irritante. Tampoco pudieron explicar por qué las acciones de un pequeño grupo de “anarquistas” fueron utilizados para criminalizar las protestas pacíficas y para justificar arrestos arbitrarios de aquellos que se rehusaron a ceder su derecho a protestar pacíficamente o de aquellos que simplemente, según la policía, estaban en “el lugar equivocado” El intendente orgullosamente sostenía defender la libertad de expresión mientras la prevenía en forma efectiva, así como el presidente decía defender los derechos laborales y del medioambiente mientras apoyaba la agenda completa de la codicia de las corporaciones, como lo viene haciendo de manera consistente a lo largo de toda su carrera.

Este intento de manipular, o “dar vuelta”, la protesta fue un fracaso estruendoso. No puede haber ahora ningún malentendido sobre la fuerza o el nivel de compromiso y comprensión de este movimiento radical emergente contra la globalización corporativa. Anticipándose al encuentro de Seattle cientos de organizaciones de base de cerca de setenta y cinco países llamaron a la resistencia al creciente poder de la avaricia corporativa. La OMC fue un blanco apropiado, porque por su contribución a la concentración de la riqueza, incrementando la pobreza y un modelo de producción y consumo no sustentable. Las organizaciones denunciaron que las reglas y procedimientos de la OMC son antidemocráticos y sirven para marginalizar a mas de la mitad de la población mundial, atrapada en la inestabilidad y degradación social de un proceso de globalización sin control social. Como secuela de Seattle este movimiento es mas fuerte y comprometido, y también,

probablemente, mas amplio y efectivo.

Ya que muchos ciudadanos no conocen qué es la OMC ni como sus acciones modifican sus vidas, los grupos -que abarcan desde la Red de Iglesias Cristianas Unidas para la Responsabilidad Económica y Medioambiental hasta la Pax Romana de Tailandia, desde Acción Verde de Tel Aviv hasta Biblioteca Verde de Latvia, desde grupos de derechos humanos de Camerún hasta la Red por la Biodiversidad de los Pueblos Indígenas del Perú, desde Pax Christi de Florencia hasta Estudiantes Unidos contra las Maquiladoras- se han involucrado en un esfuerzo coordinado para presentar a la OMC una visión desde abajo. Ellos han intentado mostrar lo que la OMC significa para los trabajadores del mundo, el medioambiente, y el futuro de todos los que viven en el planeta. Seattle fue una lección global.

Los funcionarios de la OMC sostienen que “lo que tenemos aquí es un fracaso en la comunicación”, que la pasión en las calles se baso en la ignorancia e ilustra la necesidad de que la OMC “informe y eduque” al público en general acerca de lo que la organización “realmente hace”. ¿Qué es lo que hacen realmente? Un funcionario de la oficina del Director General dice, “Si usted piensa en el lugar como en un bazar donde todos los comerciantes del mundo se reúnen y regatean, no esta muy alejado de la realidad”. Bastante lejos, sin embargo. La mayoría de la población mundial no esta representada. Su trabajo es devaluado por las corporaciones transnacionales (ETs) que vienen a regatear y los poderes centrales (fundamentalmente los Estados Unidos) que imponen sus preferencias en las negociaciones o en el regateo. Pocos países en desarrollo tienen el mismo nivel de experiencia en los intrincados legalismos, algunos son demasiado pobres para siquiera tener representantes en estas reuniones. Y los países desarrollados son, en la mayoría de los casos, representados por una elite que hace tiempo se ha vendido al centro del capitalismo global. Los ricos y poderosos establecen las reglas y las reglas, no nos sorprende, favorecen a los ricos y poderosos. El regateo es una cuestión dentro de la elite pero, como resultado de la militancia popular, esta creciendo un desafío.

Revisemos de dónde vino la OMC, cómo trabaja, por qué los manifestantes quieren un cambio revolucionario de las reglas del sistema mundial de las ETs. Comencemos en La Habana en 1948 donde la mayoría de las naciones líderes en el comercio mundial se reunieron para acordar la formación de una Organización Internacional del Comercio (OIC). La idea era imponer un orden en el sistema mundial de intercambio para evitar el tipo la espiral descendente ocurrida en los años 30 -un colapso que amenazó la propia existencia del sistema capitalista. Como las corporaciones de los Estados Unidos salieron de la guerra sin rivales capitalistas, confiaron en que prevalecerían en una competencia con una Europa postrada. Que el “libre comercio” favorece a la economía dominante no fue un descubrimiento nuevo y los elementos del capital corporativo y financiero que apuntaban a un mayor beneficio prevalecieron en la rama ejecutiva para desarrollar la OIC. Pero un poderoso sentimiento nacionalista en el Congreso temió la pérdida de soberanía norteamericana en manos de un gobierno mundial, rechazó ser guiado por una agencia de gobierno que podría en un futuro escapar al control estadounidense y se negó a ratificar el tratado de la OIC.

Un acuerdo preliminar fue alcanzado en el Acuerdo General sobre Tarifas y Comercio (GATT), funcionando como un marco temporal hasta la puesta en marcha de la OIC. Con la negativa de los EE.UU. de unirse a la OIC, el GATT se convirtió en un acuerdo permanente. No tiene poder de sanción ni es siquiera formalmente una organización. Casi por cerca de cincuenta años, luego de una serie de rondas, fue el foro en el que las negociaciones tuvieron lugar para bajar las tarifas (impuestos sobre las importaciones que inhiben y, si son lo suficientemente altas, impiden el comercio). En retrospectiva algunos economistas fundamentalistas del mercado y otros están satisfechos con que la OIC no funcionara porque era una criatura de su tiempo. En el periodo de posguerra todas las naciones acordaron que el pleno empleo era un objetivo central para cualquier acuerdo económico internacional, que los derechos de los trabajadores deberían ser protegidos, que

demasiado poder del mercado y dominio de las grandes corporaciones debía ser evitado por leyes antitrust y que las nuevas naciones emergentes, mas débiles, debían tener tratamiento preferencial para ayudarlas a superar el legado del colonialismo y subdesarrollo. Todos estos principios eran parte del marco de la OIC.

Ninguno es parte de la OMC, que surgió en 1995 superando cierta oposición del congreso (otra vez de aquellos que temían una pérdida de soberanía). En su primera reunión en Singapur en 1996, después de una apasionada discusión acerca de los derechos laborales y la protección del medio ambiente, se decidió que estos no eran problemas comerciales y no debían ser considerados por la OMC, tampoco se establecería un tratamiento especial para los países en desarrollo y se excluiría la creación de "condiciones equitativas para todos". Ciertamente no hubo previsión de control sobre el capital transnacional como lo desearon las naciones en desarrollo en su llamado para el Nuevo Orden Económico Mundial en la ONU en los años 70, al que se resistieron las naciones más ricas. Para la OMC, la desregulación (y una mayor libertad para el capital transnacional para hacer lo que desee, donde y cuando lo desee) es la única agenda.

En el preámbulo para la OMC, se enumera todo tipo de elevadas y buenas intenciones: que el comercio debería contribuir a una elevación de los niveles de vida, a asegurar el pleno empleo, a respetar el medioambiente. Pero no hay nada de estas cuestiones en su operatorio real. En el mecanismo revisado de la política comercial de la OMC no hay nada acerca de evaluar el impacto de estas reglas sobre los trabajadores, los consumidores y el desarrollo sustentable. El postulado fundamental de la OMC es que la liberalización del comercio y la inversión conduce a más competencia, mayor eficiencia del mercado y así, necesariamente, a niveles de vida mas altos. Si los factores de producción -capital, trabajo y tierra (incluidos los activos ambientales)- tienen un precio apropiado, serán usados de la mejor manera posible gracias a la Mano Invisible, o eso dice la fábula.

Otras cuestiones -derechos humanos, derechos laborales y temas ambientales- no son asunto de la OMC, una organización con poder de coerción sobre los gobiernos nacionales. Más aún, ellos son relegados a

otras organizaciones internacionales de fines específicos sin poder alguno sobre las ETs ni sobre los gobiernos. La división entre las instituciones poderosas (el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y la OMC que manejan el dinero) y las organizaciones sin poder (que se ocupan de las cuestiones que son importantes para la mayoría de los habitantes del mundo) permite que las agendas de las grandes corporaciones puedan ser llevadas adelante mientras la retórica interminable de “sientan su dolor” se despliega por abajo.

La imposición de condiciones equitativas para todos se supone asegurada a través del mecanismo de discusión de la OMC y de la imposición de sus juicios por parte del país que tiene exitosos y desafiantes violadores de esos mismos juicios. No hay advertencia alguna de que los países pobres están en desventaja en tales procedimientos legales adversos y a menudo no se atreven a desafiar o imponer juicios en contra de las naciones más poderosas debido a la influencia que los ricos tienen sobre los pobres y menos poderosos.

Aún más, sólo los países han conseguido el derecho a participar en los procedimientos de la OMC. Los pueblos indígenas como los Ogone, quienes podrían denunciar a la Shell por lo que esta haciendo a sus tierras (con la activa participación represiva del gobierno de Nigeria), no tienen ese derecho. Tampoco los habitantes de Nueva Guinea Occidental, ya que la participación sólo es otorgada a gobiernos –como el gobierno indonesio, que se negó a respetar los derechos de los ciudadanos en Nueva Guinea Occidental, asesina a manifestantes y roba los recursos dejando el medio ambiente devastado. Tampoco son reconocidas las Organizaciones No Gubernamentales (ONGs), algunas de las cuales podrían defender los derechos de los pueblos indígenas o de los trabajadores fabriles que son reprimidos, encarcelados y asesinados por sus gobiernos en la línea de intereses de un buen clima laboral para las multinacionales. La OMC es un foro para los derechos de comercio del capital sobre los términos negociados por las agencias gubernamentales, que representa los intereses del capital. Ningún otro derecho cuenta.

Publicado en *Monthly Review*, vol. 51, nro. 8, enero de 2000.

Traducción de María R. Lorenzo.
